

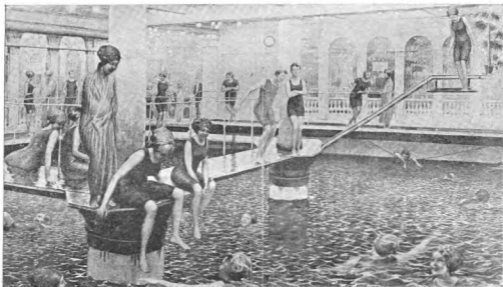
La Semana en Europa

CRONICAS DE LA BOHEMIA.—VERANO DE PARIS

(De nuestro corresponsal especial)

Hacia los primeros calores, cuando la magia Primavera hubo convertido en flores todos los botones y cuando hubo prendido verdes hojas en las ramas desnudas, la gente emigró. Se metió todo lo posible en las maletas; se llenó la cartera de preciosos billetes de banco y tomando el rápido, se fué, como todos los años, á veranear. Las grandes p'ayas atlánticas, desde Gijón hasta Ostende, han recibido en ésta esta-

famosos del boulevard, están lejos; apesar de que hay costumbre de huír de la ciudad cuando el verano se acerca, apesar do todo eso, París es el mismo París de siempre, con su alegría bulli-ciosa, con su contento ruidoso y comunicativo, con su esprit y con su gracia. Los días, serán un poco más tristes que los de invierno, no hay duda, á causa de la calor sofocante que reina. Pero las noches, ¡las noches! son iguales co-



Una piscina elegante, en una calurosa tarde de verano

ción como en las otras, la visita amable y alegre de éstas maravillosas princesitas parisinas, emperatrices de la gracia y de la moda. Trouville, San Sebastián y Biarritz, se han visto concurridas por las grandes cortesanas y los grandes escritores de París. Hacia allí, han partido llenos los trenes—quien viera partir los viajeros, con eso rumbo exclamaría:

—¡Pobre París! ¡Se queda desierto!

Sin embargo nada más falso. Apesar del número enorme de personas que faltan; apesar de que los nombres más

mo en todas las estaciones. Los mismos grupos bordean la acera; la misma gente charla, alrededor de la mesa del café, apasionada con el asunto de Marruecos ó la muerte de la Lantelme. Son las mismas mujeres, éstas que reparten sonrisas, con sus pequeñas boquitas en flor, tentadoras frutas del pecado. Son las mismas noches, más alegres aún, con los vestidos claros y los grandes ramos de flores de las damas y con las músicas dementes que llenan de locura el ambiente.—Bleriard, este primo hermano de Gringoire y de Murger habla:



Frutas de estación

tos de las discusiones? ¿Qué le falta, pues, á París? Id á sus paseos, á sus hipódromos, á sus Teatros. Venid á mí que soy París y decidme: caballero: ¿dónde habéis veraneado? ¡Gran Dios! Rubí, me serviréis de padrino en un lance parecido.

Bleriard, tiene razón. París sigue siendo París. Casi estoy por decir que es más París que nunca. La razón es muy sencilla. Los extranjeros que tanto abundan, vienen á la ciudad luz en invierno. Entonces es que los habitantes de las brumosas británicas, y que los erguidos yankees y que los nerviosos italianos y que los pausados alemanes, llenan de estorbos vivientes la magnífica agitación del boulevard. Pero en verano, la cursilería de la moda, los arrastra en legión hacia las playas más frecuentadas. Por esa razón, París está hoy en día privado de esa plaga que comenzará el asalto cuando las primeras hojas marchitas y doradas se desprendan de los árboles.

La ciudad pues, es ahora más típica que nunca. Las mañanas y las tardes son deliciosas. Los paseos, se pueblan de niños traviesos y móviles, que ponen una regocijada nota de color sobre el profundo esmeralda del césped. Los enamorados, pasean bajo los árboles, extasiados en el canto de ruiseñores que sólo ellos oyen. Los poetas gustan discurrir

—París; ¿por qué se va á despoblar París? ¿qué puede hacerle la falta de cuatro cocottes ó cinco literatos? Aquí, al revés de todos los pueblos de la tierra, la masa, la comunidad, vale más que la excepción. Víctor Hugo decía: «París es el faro de humanidad porque cada parisién es una luz». Y eso es verdad. Mientras quede un boulevardier y una midinette, quedará el carácter de la raza gigante que puebla esta ciudad, turbadoramente ilógica. ¿Están ausentes unos bellos ojos? ¡Gran Dios! Y éstos que nos miran ¿qué son? ¿Han emigrado muchos escritores? ¡qué importa! ¿No resuenan acaso por todos lados, las alegres chansonettes, que ponen en la sangre, un suave y fresco cosquileo? ¿No están los grandes pintores? Pero ¿entonces qué representa esa divina legión de genios desconocidos y jóvenes como una rosa recién abierta, que llenan los cafés de Montmatre, del humo de las pipas y de los gri-



Elegantes en Deauville

durante estos grandes crepúsculos, por las sendas ignoradas y escondidas de los jardines, donde un hada maravillosamente bella, les sopla al oído versos y canciones. Es París. Bleriard baja al Sena y esclama:

— ¡Bah! ¿y, esos puentes?; esos puentes que han sido mi habitación tanto tiempo. Esos ojos de ciclopes enormes, que gustan proteger toda nobleza y toda poesía; esos puentes caritativos y milagrosos, albergan hoy más que nunca, una lejión sagrada de bohemios líricos, borrachos de ilusión, de sol y de estrellas. Aquí está París más que en ningún lado. De aquí saldrán los escritores que mañana imitarán todas las literaturas, y las cortesanas, cuyos retratos envidiarán las mujeres del mundo entero. Mientras estos puentes queden en pie, existirá París.

Y Bleriard, al recordar tantas cosas, se queda un rato melancólico.

Después, á grandes pasos me lleva á los «quais.» En ellos, hierve la muchedumbre. Las vendedoras de fruta se alinean ante los compradores. Más allá las flores, flores de estío, voluptuosas y vivas, deslumbran con sus rojos, blancos y azules intensos. ¡Aquí está París! esclama Bleriard; en esta fruta que mañana morderán los diminutos dientes blancos más bellos de

la tierra. París está en estas flores que perfuman el aire, flores que hoy mismo, en los cabarets, descansarán orgullosas sobre la seda impecable de los blandos senos femeninos. París esta en estas cosas vetustas, doradas por los siglos, y en estos boulevares hirvientes de muchedumbre, y en este cielo azul claro, lleno de luz. París, el espíritu de París, flota en el aire; ¿qué digo!; es el aire mismo, tan suave, tan femenino, tan encantador. Los verdaderos parisienses, no salen de la ciudad, para nada. En ella tienen sus cuarteles de invierno y sus playas de verano, ¿quién sale de París?; ¡Gran Dios! ¡Yo no les dejaba entrar más! y Bleriard se pasea furioso.

Yo no se si es por sugestión; por costumbre ó por ensueño. Lo cierto es que desde hace dos años que llegué á París, desde mi triste aldea sud-americana, no sólo no he salido sinó que ni he intentado jamás dejar esta ciudad prodigiosa y felina, que tiene todos los encantos y todas las convicciones posibles para sus amantes. Y dichoso con esa esclavitud, orgulloso de ese servilismo, me encuentro más libre, más feliz que cuando se extendían antes mis pupilas, la tentación de la pampa inmensa y la infinita sábana azul del océano.

GUZMÁN RUBI París, Verano, 1911

UN FOLLETO INTERESANTE

La acción de los Inspectores de I. Primaria

Los exámenes escolares anuales y las Sub Inspecciones de I. Primaria, por Blas S. Genovese

El señor Blas S. Genovese, muy conocido en nuestro magisterio, donde ocupa un puesto de honor, acaba de publicar un folleto interesantísimo con los títulos que reproducimos y del cual ofrecemos á nuestros lectores, uno de sus hermosos capítulos.

EL FOMENTO DE LA AGRICULTURA: El país está empeñado en aprovechar, lo mejor posible, las grandes extensiones de tierra que, fiscales ó de propiedad particular, permanecen sin cultivo, entregadas, muchas veces, en porciones inmensas, á una producción ganadera que no está en relación con su área. Pero no es éste el motivo principal de esa corriente de simpatía, que se acentúa, cada día más, por la agricultura. Se mira en su fomento, con razón, la formación de colonias agrícolas, y la formación de estas colonias asegura el aumento de la población. A la vez otro interés capital tiene una posible solución en esas colonias: la pacificación del país sobre sólidas bases. Y es desde este punto de vista que el Inspector puede hacer gran bien al país, ya que está en sus manos una gran parte del éxito de tan humana finalidad como lo es, fuera de toda duda, el afianzamiento del amor y la confraternidad de los orientales, el amortiguamiento de esa faz especial de los partidos políticos del Uruguay, siempre prontos á dirimir sus cuestiones por las armas.

El trabajo de las estancias, que se ha dicho cien veces: ligero, andariego, inseparable de las correrías á caballo, incita, ó casi, á la vida de aventuras, un si es no es nómada, á la manera de las antiguas caballerías satirizadas por el inmortal manco de Lepanto, mientras que la agricultura, por lo contrario, lenta, paciente, casi matemática, prestada á la meditación, propia de pensadores por lo que de reconcentrada tiene, que exige continuos y celosos cuidados, puede contribuir eficazmente á borrar de nuestros paisanos, ese espíritu ingéfito de las aventuras, ligándolo á la tierra en que nace, á la cual fecundaría con labor consciente, medida y provechosa.

Nuestra Escuela Rural hace esa propaganda, pero el Inspector, al hacer aquellas visitas á que antes me referí, puede llevar esa propaganda hasta fuera del recinto de la Escuela, en estricto cumplimiento de su alta misión humana y civilizadora y en ayuda de la propia misión escolar, desarrollando el amor á las plantas, especialmente al árbol, haciendo ver la importancia que reviste la agricultura en relación con la ganadería; y, desarrollando nociones artísticas, presentará al árbol, al paisaje, á la vegetación toda, en su faz estética.



Blas S. Genovese